



LA QUÍMICA DEL MIEDO

Todo parece indicar que a pesar de los acuerdos internacionales, países como Siria o Corea del Norte no están dispuestos a eliminar sus armas químicas, una herramienta de guerra que se usó por primera vez hace casi 100 años.

La masacre de más de 1.400 civiles cometida con gas sarín por las fuerzas gubernamentales sirias el pasado 26 de agosto en Ghouta, un suburbio de Damasco, se produjo muy cerca del 99 aniversario del nacimiento de la guerra química moderna. Fue en octubre de 1914, durante la Primera Guerra Mundial. Las tropas germanas bombardearon las posiciones británicas en Neuve Chapelle (Francia) con un nuevo tipo de granada de 105 milímetros, que combinaba la habitual metralla con un gas irritante. El ataque fue tan inefectivo que pasó desapercibido entre el sistemático intercambio de fuego de artillería en el frente.

Sin embargo, las cosas cambiaron pronto. Seis meses después, en Gravenstafel, una unidad de ingenieros militares alemanes se desplegó en primera línea y vació miles de cilindros que contenían gas cloro. El viento empujó la nube tóxica hacia las posiciones francesas. El resultado fue la muerte de cerca de 6.000 hombres y la apertura de una brecha en las defensas aliadas. De este modo, tuvo lugar el primer ataque químico efectivo de la historia moderna y el mundo dio sus primeros pasos en la era de las armas de destrucción masiva.

Ciertamente, es legítimo preguntarse por qué los agresivos químicos merecen especial atención en comparación con el resto de las armas convencionales usadas en guerra. De

hecho, algunos observadores consideran casi ridículo escandalizarse por la masacre de Ghouta después de que la guerra civil siria haya costado más de 100.000 muertos en dos años. Sin embargo, hay dos razones estratégicas clave para mirar las armas químicas con una especial dosis de angustia: sus efectos son completamente indiscriminados y resultan fáciles de producir.

Desde esta perspectiva, se parecen a sus aterradores hermanos, los

agresivos biológicos, microbios cultivados y diseminados para infectar a las tropas y a la población civil del enemigo. También son medios relativamente sencillos de producir con unos efectos potencialmente masivos. La diferencia estriba en que las armas biológicas son incontrolables. Una vez diseminadas, no es imposible que se vuelvan contra sus dueños y lo que se concibió como un golpe al adversario termina siendo un desastre para el bando propio.

Hay dos razones estratégicas clave para mirar las armas químicas con una especial dosis de angustia: sus efectos son completamente indiscriminados y resultan fáciles de producir.

*Profesor de la Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales de la Universidad del Externado. Consultor en temas de Seguridad y Defensa. (@roman_d_ortiz)



Los vehículos de Naciones Unidas llegaron a Damasco, Siria, para comprobar si efectivamente el Gobierno estaba utilizando armas químicas. Los rebeldes los apoyan.